

A propósito de Patricia Funes, **Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos**, Buenos Aires, Prometeo, 2007, 450 pp.

En la historia de las ideas —sobre todo cuando ésta es entendida a la manera de Skinner, expulsando las continuidades tranquilizadoras— la focalización en un momento de ruptura específico permite sacar a la luz las complejidades de un problema de manera inédita. Tal vez el gran mérito del libro de Patricia Funes —originalmente su tesis doctoral— se encuentre en la identificación de un período que borra los estereotipos en el vínculo entre los intelectuales y la constitución de la idea de nación. Su trabajo, destinado a analizar el desplazamiento hacia un enfoque en términos de reinvencción de abolengos e identidades recusando su asociación con la ciudadanía política producida durante la década del 20 se cruza con una serie de problemas adicionales. Paradigmáticamente, el modo en que este desplazamiento hacia definiciones esencialistas, espiritualistas y, a veces, totalizantes surgen en un momento en que entran en pugna con la idea revolucionaria.

Efectivamente, el texto de Funes se centra en el modo en que los intelectuales latinoamericanos reflexionaron sobre el concepto de nación a lo largo de la década de 1920. Años de tránsito particularmente contestatarios, que resultaron marcados por las consecuencias de la I Guerra Mundial, encarnaron el modo en que el intelectual comenzaba a ser entendido como crítico social al tiempo que América Latina era transformada en una suerte de faro hacia el futuro en contraste con una Europa entendida como decadente. Es el papel de los “intelectuales” en la creación de la “comunidad imaginada” —y su propia legitimación— lo que interesa a Funes. Así, el análisis del modo en que la cuestión fue presentada en México, Perú y Argentina es discutida a partir de cinco problemas clave: la relación nación, crisis y modernidad, las formas de incorporación del otro, el rol del antiimperialismo, la polémica sobre el idioma y literatura nacional, y, finalmente, las ideologías políticas.

El marco general de la década resulta particularmente relevante a lo largo del texto. El surgimiento del antieuropeísmo duran-

te la década del 20 como consecuencia del impacto de la I Guerra Mundial sobre la conciencia histórica trajo figuras como Oswald Spengler, pero también la apertura de un “espíritu nuevo” con voces como la de Guillaume Appolinaire. Durante esos años ninguna convención quedaría en pie.

Según apunta Funes, a lo largo de esta década el despliegue de la Reforma Universitaria resultó clave para introducir un nuevo sujeto sociopolítico: la juventud. Así como José Enrique Rodó se hizo cargo de la legitimación de su rol central, en Perú Raúl Haya de la Torre transformó el eje de la Reforma en la piedra fundamental del acercamiento del poder estudiantil al obrero. Implicó también la introducción de un giro fundamental: después de la Gran Guerra la cuestión de la nacionalidad para los intelectuales pasa a dirimirse en el campo de la cultura. La crítica a la racionalidad, al progreso, y al universalismo los lleva inevitablemente a rechazar la concepción liberal de nación vinculada al rol central de la ciudadanía. Efectivamente, si la tradición liberal había asociado nación a ciudadanía y la positivista a morfología racial, durante los años 20 la nación deja de ser pensada en términos biológicos para focalizarse en lo cultural y lo social. Aquellas dos posibles variables definitorias clausuraban el pasado, la nueva dimensión lo habría hacia espacios imprevisibles.

Es en esos años por cierto que la influencia de la Revolución Mexicana resulta fundamental sobre todo en la constitución del APRA peruano, donde el “peruanicemos Perú” de José Carlos Mariátegui implicaba asociar el socialismo con las reivindicaciones indígenas.

El “problema del indio” pasó así a ser una cuestión fundamental. Así como con el uso de ese genérico se vieron borradas las diversidades originarias, la noción de “indio” se había transformando también en sinónimo de “vencido”. En los años 20, en cambio, comienza a ser sinónimo de afirmación. Es de este modo, por ejemplo, que José Vasconcelos introduce la tesis del mestizaje a nivel de razón de estado. La “raza” va dejando así de cargar con connotaciones biológicas, para constituirse simultáneamente sobre la teoría

del progreso de la humanidad: hay a la vez una categoría universal y un proyecto iberoamericano.

Uno de los ejes aglutinadores en esos años estuvo centrado en el concepto de antiimperialismo volcado tanto hacia Europa como a Estados Unidos. Es la Guerra de la independencia cubana y el resurgimiento de los ideales bolivarianos unidos a la influencia de la Revolución Rusa lo constitutivo del material central de esta propuesta unificadora. Esto, claro, en momentos en que, tras la I Guerra Mundial, el antiimperialismo y el anticolonialismo se tornaron particularmente importantes en el mundo periférico.

La centralidad otorgada a la lengua y la literatura nacionales por parte de los intelectuales durante este período refiere, según lo desarrollado en **Salvar la nación**, al giro romántico asumido en la tematización de la nación. La politización de la cuestión del idioma —condensada en la polémica entre Domingo F. Sarmiento y Andrés Bello— culmina, como en el caso de Ricardo Rojas, en la adjudicación del idioma de la “representación de la sensibilidad nacional”. El lugar otorgado a las lenguas indígenas —donde, como en el caso de Cuzco, se trata de encarar una guerra contra la lengua de los opresores— resulta moderada por la necesidad de una unidad lingüística imprescindible para la constitución de un nosotros, pensado como una suerte de “estructura de sentimientos” de cierta época. La invención por parte de Rojas de una literatura nacional entendida como un *continuum* que muestra la existencia de la nación o la presentación de un universalismo de lo criollo en los casos de Jorge Luis Borges y Ricardo Güiraldes, dan cuenta de diversas estrategias tendientes a otorgar a la literatura un rol central para la constitución de la nación.

La nueva legitimidad queda definida así a partir de la relación entre pensamiento, cultura y poder. Aun cuando los intelectuales se identifican con cierta vocación de intervención social definida como “magisterio moral”, a fines de los años 20 este eje no resultó suficiente y muchos de ellos se volcaron a la arena política. Es que, junto al surgimiento de las pretensiones de representación de la totalidad con-

densadas en la lógica política de la UCR en Argentina y del APRA en Perú, comienza a declinar la confianza en las palabras y las ideas. Es justamente hacia el final de este período que el surgimiento de movimientos nacionalistas inspirados en el tomismo, Oswald Spengler, Joseph de Maistre o Edmund Burke irrumpen en la escena pública sosteniendo posiciones anticomunistas, antiliberales, antidemocráticas, antiparlamentarias, antisemitas y antimodernas condensadas en la premisa “Dios, patria y hogar”. Se abre así el inicio de la década del 30 donde las grietas entre los diversos grupos de intelectuales hacen a un lado el proyecto colectivo que se buscó encarnar en los diez años anteriores.

Esta última cuestión constituye, seguramente, una de las fisuras más radicales producidas durante el siglo pasado. Aun cuando Funes puntualiza su importancia, el análisis detallado de esta ruptura se podría haber constituido en un eje subsidiario, pero particularmente relevante de su investigación. No nos estamos refiriendo meramente a una ampliación de la exposición del fenómeno por el cual los intelectuales latinoamericanos dejaron de confiar en el poder de su propio rol, sino en la posibilidad de ahondar en ciertos elementos presentes ya durante la década del veinte que desembocaron en la transformación del campo a partir de los años siguientes: los modos de legitimación del estado latinoamericano, el contexto internacional o el rol del populismo. Es en un sentido consistente con esta observación que la presentación de Funes podría haber definido un camino subsidiario y productivo a partir de un recorrido por el papel cumplido por intelectuales que —particularmente desde la izquierda— definieron un espacio de resistencia a esa transformación que estaba sufriendo el campo. Contemplar esos márgenes enriquece toda investigación, no meramente por una ampliación cuantitativa del panorama, sino también por lograr generar en el rescate de esa disidencia un sentido diferente para las voces más hegemónicas. Esto, además, en el marco posible de una indagación sobre los primeros indicios de una complejización de la relación entre intelectuales y sectores populares que eclosionara años más tarde. Es que es en el nacimiento de estas múltiples fisuras don-

de pueden identificarse los rasgos clave de discontinuidades posteriores donde la cuestión de la crisis de la legitimación del estado-nación resultará particularmente relevante. Y es justamente a través de la gestación de estas grandes rupturas que la década del veinte define gran parte de su rol para la historia intelectual.

Más allá de estas observaciones, el recorrido de Funes atiende seguramente a un momento clave en la constitución de la identidad del intelectual latinoamericano donde el proceso de autolegitimación coincide con y hace uso de la necesidad de definir un contenido para la idea de nación. En su análisis, claro, resultan felizmente excluidos los consensos homogeneizadores. Por el contrario, su preferencia por dar cuenta de la superposición de problemas múltiples que no respetan matrices predeterminadas ni auguran con certeza el futuro hace de los detalles de su investigación elementos estimulantes para indagar en las especificidades de un período particularmente fundacional. Esto, claro, como resultado de una decisión metodológica fundamental: elegir encarar, no un recorrido capaz de mostrar la continuidad de las ideas, sino la focalización en una instancia de quiebre donde se superponen —y sólo a veces dialogando— infinidad de preguntas.

**Cecilia Macón**  
(UBA)

*A propósito de Vania Markarian, **Idos y recién llegados. La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984**, México, Correo del Maestro/Ediciones La Vasija – CEIU-FHCE Universidad de la República, 2006, 299 pp.*

En **Idos y recién llegados**, Vania Markarian analiza la historia vivida por los exiliados uruguayos entre mediados de la década de 1970 y 1984 buscando, por un lado, recuperar la carga ideológica y cultural que sirve de base al lenguaje de derechos humanos y, por otro, realizar un aporte al estudio de la historia de las izquierdas latinoamericanas y del activismo transnacional de derechos humanos. Por ello, entiende por exiliados a quienes

huyeron de su país y permanecieron políticamente activos en el exterior.

La investigación realizada por Markarian —originalmente su tesis doctoral— evidencia el carácter contingente del movimiento de derechos humanos y de la adhesión de los exiliados a su lenguaje y métodos de acción. De esta manera, la autora desentraña las motivaciones y estrategias que impulsaron a los exiliados uruguayos a insertarse en dicho movimiento sin perder de vista en ningún momento las tensiones que caracterizaron el proceso. Para Markarian, luego de obtenerse la posibilidad de reorganizar la resistencia a la dictadura uruguaya en los países de la región mediante los métodos clásicos de la militancia de izquierda (como consecuencia del avance autoritario que significó el golpe de Estado argentino de 1976), los exiliados debieron acudir a otros escenarios para continuar su lucha política. Es allí donde la autora identifica la coyuntura que marcó la inserción de los exiliados uruguayos en el movimiento de derechos humanos y la consiguiente adopción de un lenguaje de origen liberal, hasta el momento criticado por la izquierda por considerarlo incapaz de explicar el origen de los conflictos sociales y las causas estructurales que explicaban la situación de su región. Desde esta óptica, el acercamiento de los exiliados a organizaciones como Amnistía Internacional o la Organización de Estados Americanos fue una estrategia orientada a presionar y conseguir objetivos concretos en el contexto de la lucha contra el régimen que los había obligado a abandonar el Uruguay, lo cual fue posible gracias a la múltiple interpretación del discurso de derechos humanos que adoptó el movimiento transnacional en el período y a su coexistencia con el discurso característico de los militantes en la década del 60. El uso de una u otra modalidad discursiva quedó condicionado por el escenario de enunciación de los exiliados, lo cual puede comprobarse mediante el análisis de las diferencias en la retórica utilizada al interior de sus organizaciones política y la estructurada frente a la comunidad internacional.

El impacto que el uso del lenguaje de derechos humanos tuvo en la concepción ideológica de los exiliados es analizado por Markarian a través de las represen-